

Homenaje a Santa Teresa de Jesús

MUJER SANTA Y DOCTORA

Por Monseñor Félix Henao Botero

El mundo intelectual, los sicólogos y los espirituales, lo mismo que los reformadores post-conciliares, se aprestan a estudiar de nuevo a Santa Teresa, a raíz de la proclamación como Doctora de la Iglesia, junto a San Agustín, Santo Tomás, San Bernardo y la pléyade de grandes a quienes el pueblo de Dios o la Santa Sede han considerado como doctores de la Iglesia universal y testimonio y signo de los tiempos como lo dijo Juan XXIII, más místico que teólogo.

Cuando escuchamos en Salamanca en la clausura de la célebre conmemoración del séptimo centenario de la Universidad, madre de innumerables centros de educación superior tanto en el mundo cristiano como entre los países musulmanes o paganos, el célebre discurso de Marañón, que publicó la revista de la Universidad Pontificia Bolivariana, admiramos la defensa que hizo de la contribución de España a la cultura y ciencia, se nos gravó aquel pensamiento suyo, del sabio médico y sicólogo que rezaba así: "Quien hable de Psicología moderna sin conocer a San Juan de la Cruz y a Santa Teresa, no está al tanto de la Psicología ni es moderna". Bello desafío al genial español, aún no convertido, a tantos pseudopsicólogos contemporáneos que se quedaron en Freud, el de la Psicología sin alma.

Los grandes místicos han sido los grandes reformadores. San Agustín, San Francisco de Asís, San Juan de Avila, el senequita, medio fraile, como llamó Santa Teresa a su compañero de reforma, gran poeta y místico admirable, San Juan de la Cruz y ella la Santa, tan varonil y tan femenina, tan recogida y tan andariega, tan exquisita habladora como fecunda escritora por obediencia, son cosas de extraordinario valor, ahora cuando tanto se habla de cambio, de concientización, de reforma de estructuras dentro de la misma Iglesia, del mensaje de la salvación. Quien lea con cuidado el Concilio Vaticano Segundo encontrará innumerables ideas espirituales en las cuales Teresa de Ahumada fue maestra. Activista, creó 16 conventos de monjas y 14 de frailes, con pobreza, silencio y alegría espiritual.

Castellana hasta la medula, hija de los grandes siglos españoles, heredera de una fortuna espiritual de su padre, todo un caballero y un varón, y de su madre, dama exquisita, jovial y delicada, esos dones se acrecieron en la gracia divina y el desposorio espiritual.

Sus cartas, su historia, sus moradas, sus obras todas, son admiradas en el campo luterano en el cual existen numerosas traducciones de sus obras, especialmente en alemán e inglés y han trascendido hasta la teología oriental en que el budismo se ha enamorado de la producción teresiana como base de lectura, meditación y contemplación para sus bonzos y pagodas.

La síntesis de la reforma es la oración. Toda reforma que no parta de allí es falsa, deleznable, fugaz. Don Bosco, San Juan Bautista de la Salle, el Padre Claret, San Ignacio, El Padre Eudes, grandes reformadores y eficaces constructores del edificio espiritual, partieron de la oración y de la celda. Pío IX, Pío X, Pío XI, Benedicto XV, Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI, entre otros numerosos Pontífices, han dedicado a la oración innumerables mensajes, alocuciones, encíclicas, exhortaciones y qué grandes Pontífices todos ellos. Ningún santo se ha santificado sin la oración, ni hay posibilidades de que el mundo actual salga de la confusión religiosa si no parte de la vida interior, de la plegaria, de la contemplación. Los falsos profetas son los que no oran y así lo entienden tanto nuestra religión, como la musulmana, como la budista, como el auténtico movimiento ecuménico contemporáneo.

Todo el mundo admiró a los astronautas cuando rezaron en la Luna y rezaron al caer al Pacífico, todo el mundo admiró a los brasileños cuando ganaban goles en México y se arrodillaban santiguándose sin respeto humano y se inclinaban reverentes con sencillo corazón. El respeto humano es una cobardía como es una deserción eclesial la del sacerdote que cambia la oración por la demagogia. Conventos en los cuales decae la oración, periclitán; parroquias en las cuales la oración es rutinaria, se anquilosan; comunidades laicales en las cuales la oración ocupa lugar secundario, se derrumban. Teólogos sin oración, sin vida interior se forman hipercríticos y siembran la duda en el corazón y la conciencia de los discípulos cuando su misión es la de hacer amar el dogma, el mensaje, el Evangelio y practicarlo con devoto corazón. Las palabras se pierden mientras los ejemplos arrastran. Teresa de Jesús, elegante sin petulancia, conversadora inigualable, escritora fecundísima, lectora de grandes doctores y tratadistas, es una autodidacta en la forma de escribir, tan suya, tan femenina, tan profunda, tan audaz, tan orientadora, que su prosa imperfecta y sus versos sin estructura literaria a veces, han influido en toda la historia de la Iglesia; así como suena: de la Iglesia. Por eso el Papa, cabeza de la colegialidad, la proclamó Doctora.

El mundo femenino sabe que la Virgen María está en el centro de la devoción del cristiano como Madre de la Iglesia. Una mujer a quien han llamado bienaventurada todas las generaciones. Y ahora en el siglo XX, edad del vértigo, de la electrónica, del mundo espacial, de la cibernética, un Papa extraordinario, consagra como doctora de los intelectuales católicos, de los prelados, teólogos, escrituristas, educa-

dores y líderes de la reforma, a una mujer, la más extraordinaria del Occidente, que tiene el diálogo como norma, la oración como fundamento, la pobreza como consigna, el optimismo como pedagogía, la cristología como meta, la Eucaristía como luz de sus moradas y el Cristo total que es la Iglesia como la razón de su apostolado.

Sus obras fueron leídas y comentadas en Salamanca, desde la cátedra de Fray Luis de León y de Vitoria y ella murió ignorándolo. Confió su alma al Padre Baitasar Alvarez, a Bañez, a Ibáñez, a Luis Betrán, a San Pedro Alcántara, a San Juan de la Cruz y se entendió con Pontífices, emperadores, provinciales, teólogos y con sus monjas.

Briosa, amable, enemiga de recibir monjas melancólicas, tocaba panderetas y componía poesías y villancicos para contento y solaz de sus reformadoras compañeras. Fue perseguida y nunca se amilanó; fue incomprendida y jamás echó pié atrás; fue calumniada y ofreció el holocausto de su martirio y su larga enfermedad por la conversión de los luteranos que profanaban la Eucaristía y de los iconoclastas que incineraban tesoros artísticos en templos y abadías. Sentía placer sufriendo con Cristo y redimiendo con El en sus tremendos dolores físicos y morales. Ella y San Juan de la Cruz, con San Ignacio y Cisneros y los santos prelados post-tridentinos, detuvieron la reforma luterana en los Pirineos y prepararon una conciencia misionera para que Cristo llegara a la América y Filipinas, unidas al Pontificado de Pedro, que vive en los Pontífices, veinte siglos después de su martirio.

La transverberación esculpida por Bernini en Barroco convulsivo y extático, no es muy fiel como interpretación porque le falta lo que fue siempre suyo: la serenidad, la entrega, el dón de sí por las almas. Teresa de Jesús continúa creando conventos, congregaciones, academias espirituales, reformadores, imitadores y santos que son las antenas de Dios sobre el mundo. Teresita del Niño Jesús es su última discípula en los altares, diáfana como el agua y ecuménica en la plegaria.

SANTA Y DOCTORA DE LA IGLESIA

Por Abel García Valencia

En idioma vulgar vengo a decir hoy, las excelencias y las maravillas de una vida purificada por la santidad, alabada por la obra imponderable de sus Fundaciones, iluminada por sus inspiraciones de artista y exaltada por su mirífico genio. Mas no puedo, ni siquiera lo intento, describir en detalle las peripecias, los incidentes, la vida, la obra y los asombrosos hechos y milagros que realizó aquella mujer sin defectos. La serena y pura gloria de Teresa de Jesús, dentro de su armonía perfecta, elude ser aprisionada en la vaga y difusa malla de mi prosa impura y corruptible. Trato sólo de cumplir un compromiso que so-

bre pasa la precaria capacidad de mi entendimiento, y busco, al elevar la modesta invocación de mi estilo en estos días onomásticos de la excelsa virgen carmelitana, busco redimir un tanto el peso de las culpas y los pecados cometidos en la dura milicia terrestre. Si digo ahora mi plegaria, si pido aquí el rescate perenne, es porque pienso que en este mundo perecedero y falible sólo estamos en el albergue de unas horas y en espera de más altas alegrías, añorando el eterno descanso por el cual suspira Santa Teresa cuando exclama:

“Ay, qué larga es esta vida!
Qué duros estos destierros,
esta cárcel, estos hierros
en que el alma está metida.
Sólo esperar la salida
me causa dolor tan fiero,
que muero porque no muero”.

Es placentero evocar el paisaje donde nació y creció la Santa. Tierra antigua de Castilla que conformó los rasgos esenciales de su vida y de su obra. Lugares donde el pensamiento se espacia en la contemplación de los campos desolados y yermos, donde la naturaleza tiene matices de severidad y grandeza que empequeñecen a veces, y a veces levantan el ánimo. Torreones derruídos, solemnes monasterios de arquitectura sobria, espadañas de grises campanarios, emoción del salterio devoto, lectura tranquila de apasionantes libros, diálogos de beatas, oraciones de encapuchados frailes, vocerío dulce de los niños, algarabía de colegiales, rumores y cantos del campesino en sus faenas, murmullos mil de la existencia, en fin, que perfilaron aquel extraordinario espíritu.

Dentro de tal ámbito y entre aquellos rumores, en ese suelo y bajo aquel cielo vino al mundo, en 1515, la mística doctora que inmortalizó para siempre su lugar nativo de Avila. De antepasados limpios, llevó los honrados apellidos de Sánchez de Cepeda y Blazquez de Ahumada, y sus padres, naturalmente, le dieron educación cristianísima. De siete años apenas, ella misma refiere que inclinó a su hermano Rodrigo para que fuesen a tierra de infieles en busca de martirio. Tenía doce años cuando experimentó el dolor inmenso que sólo una vez en la vida se siente, y que hoy sobrellevamos los que hemos quedado sin madre. Educada primero en la casa de las agustinas avilesas, ingresó luego en la orden del Carmelo, cuya disciplina decadente le inspiró la idea de restaurarla, entre befas, iras y calumnias que atormentaron sus pasos iniciales en el camino de la santificación y el sacrificio. No obstante los padecimientos físicos que afectaban y dificultaban sus heroicos empeños, reformó los reglamentos de la Institución y fundó más de treinta casas de religiosas y de santos varones ayudada por San Juan de la Cruz, el divino y glorioso poeta de los éxtasis. De esta manera transcurrieron los años de la Santa, mas no tan sencillamente como aquí se narran, sino entre las inquietudes, los arrobamientos y los signos de predestinación que alumbran los actos, los ademanes y las palabras de los elegidos por la Providencia. Hasta el día de su muerte, sin nadie buscarlo, resultó señalado por la iniciación del nuevo calendario. Efec-

tivamente, el Papa Gregorio XIII suprimió diez días al año de 1582, del 4 al 15 de octubre, pero sin modificar el orden ni los nombres de los días que constituyen la semana. Así, Santa Teresa murió el jueves 4 de octubre y se le dió sepultura el viernes 15, que sin embargo fue el día siguiente al de su definitivo y gozoso tránsito.

Gloria de la raza y gloria de la humanidad, Santa Teresa es también la gloria imperecedera de su sexo. Bien dice Bossuet que después de la Virgen María, madre de Dios, que no admite paralelo, no ha pisado la tierra otra mujer que pueda siquiera compararse con Teresa de Jesús, flor magnífica de la feminidad a quien debieran imitar las cultas latiniparlas de estos tiempos. La altísima doctora no transigía con las imperfectas casadas y sufragistas que abandonan su hogar por correr tras la gloria vana del centro social, del arte o de los libros. Entre sus hijas espirituales prefirió siempre a las de corazón sencillo, y así lo dice en una de sus cartas: "Dios libre a todas mis hijas de presumir de latinas. Harto más quiero que presuman de parecer simples, que es muy de santas, que no tan retóricas".

Muestras varias y ejemplares del estilo de la gran avilesa quisiera traer aquí, para matizar y ennoblecer estos períodos sin armonía ni cadencia, pero el espacio es breve y el intento es otro. No resisto el deseo, sin embargo, de reproducir algunos pasajes de su decir agudo y fácil, que según Menéndez y Pelayo parece la "plática familiar de vieja castellana junto al fuego". El ingenio y la gracia rebosan de sus cartas, y así por ejemplo escribe para aludir al temor que le causa la reunión de muchas mujeres en la clausura del convento: "Cuanto al ser tantas, como vuestra merced decía, siempre me descontentó; porque entiendo es tan diferente enseñar mujeres... a enseñar mancebos, como de lo negro a lo blanco. Y hay tantos inconvenientes en ser muchas para no se hacer cosa buena, que yo no los puedo ahora decir, sino que conviene hacer número señalado, y cuando pasare de cuarenta, es muy mucho y todo batería.... Será menester otras cosas hartas. Allá tratamos algunas, en especial no salir; mas las que me parece que importan en gran manera son las dos primeras; porque tengo experiencia de lo que son muchas mujeres juntas. Dios nos libre!".

De la escasez de inteligencia dice Santa Teresa que "es mal incurable", y procura que sus hijas sean avisadas y de algún talento, pero no las admite si son bachilleras y de muchas letras. En vísperas de su ingreso en la orden dijo una joven religiosa que traería su Biblia, y la Madre le replicó al punto: "Biblia, hija? No vengáis acá, que no tenemos necesidad de vos, ni de vuestra Biblia, que somos mujeres ignorantes y no sabemos más que hilar y hacer lo que nos mandan". Así también, cuando se le dice que una solicitante no sabe escribir ni leer, ella contesta: "Calla, mi padre, que Catalina de Cristo sabe amar mucho a Dios y es muy santa y tiene un espíritu muy alto, y no ha menester saber más para gobierno; ella será tan buena priora como cuantas hay". Es que Teresa de Jesús comprendía, y lo hacía sentir con el poderoso realismo de sus palabras, que la devoción y el amor ingenuo de las almas mínimas y sencillas valen más que las presuntuosas invocaciones de la gente sabia. Por eso en su "Camino de perfección" escribe: "Santa era

Santa Marta aunque no dicen era contemplativa; pues, qué más queréis que poder llegar a ser como esta bienaventurada que mereció tener a Cristo Nuestro Señor tantas veces en su casa y darle de comer y servirle y comer a su mesa? Si se estuviera como la Magdalena, embobada, no hubiera quién diera de comer a este divino Huésped”.

Humanizaba las cosas divinas de tal manera la Flor del Carmelo, dábales tal soplo y calor de vida terrena que logra felices parangones al establecer relación entre los esposos de la tierra y el Esposo de lo alto. Empero, la fuerza de su estilo no era extraña a los influjos literarios, ni puede negarse que en el gusto exquisito de su forma hubo un proceso de sutil depuración artística. Ciertamente eran espontáneos, vivos y fluentes sus escritos, pero son muchos los textos en los cuales reconoce la devoción que siempre tuvo por las letras. Ella misma dice que era “amiguísima de leer buenos libros”, y en sus “Constituciones” se lee: “Tenga cuenta la priora con que haya libros, en especial **Cartujanos, Flos Sanctorum, Contentus mundi, Oratorio de religiosas**, los de Fray Luis de Granada y del Padre Fray Pedro de Alcántara, porque es en parte tan necesario este mantenimiento para el alma como el comer para el cuerpo”. En la autobiografía cuenta que desde niña se inició en el placer de la lectura, y en momentos de extremada laxitud de espíritu recomienda esto: “También es gran remedio tomar un libro de romance bueno, aun para recoger el pensamiento, para venir a rezar bien vocalmente, y poquito a poquito ir acostumbrando el alma con halagos y artificios para no amedrantar”. Y en las “Fundaciones” agrega: “Siempre informaos, hijas, de quien tenga letras; que en ésto hallaréis el camino de la perfección con discreción y verdad. Esto han menester las preladas, si quieren hacer bien su oficio confesarse con letrado, y aun procurar que sus monjas se confiesen con quien tenga letras”. Ya se vio cuan discreta y prudentemente moderaba, sin embargo, los aspavientos de las marisabidillas, y por eso otro vez dijo burlescamente: “Como no soy tan letrera como ella, no se qué son asirios”.

He tocado, en este instante, un rasgo de la personalidad de Teresa de Jesús que hace más familiar y simpática su extraordinaria semblanza. Quiero aludir a la gracia y la oportunidad de sus apodos, dichos sin restar ni disminuir el respeto que le merecieron los llamados con tales motes originalísimos. “Séneca” y “mi Senequita” dice a San Juan de la Cruz, por la pequeña estatura de éste, a quien también apoda “mi medio fraile”. Al Padre Pablo Hernández, por el mucho respeto que le tenía, lo llama el “Padre Eterno”. “Mariposas” decía a las carmelitas descalzas, “Angeles” a los inquisidores y “Patillas” al cornudo rey de las tinieblas. De humor siempre bondadoso, la lengua dispuesta para las expresiones dulces y agradables, la Santa gozó del dón inestimable de la comprensión y la alegría en el trato con todos. Por eso su poca voluntad contra las malgeniadas cuando hacía la escogencia de sus monjas, pues decía: “Harto más valdría no fundar que llevar melancólicas, que estrar a la casa”. Y agregaba: “Crea que a una monja descontenta yo la temo más que a muchos demonios”. Pero cierta vez, refiere el Padre Silverio, después de mucho caminar quiso la Fundadora animar a los carreteros con sus chanzas, diciéndoles: “Tengan mucho ánimo, que estos

días son muy ricos para ganar el cielo”, a lo cual uno de ellos, hombre de malas pulgas le replicó: “También me lo ganaba yo desde mi casa”.

Temo volver demasiado profana y ligera esta disertación, pero Santa Teresa de Jesús tenía de la existencia la misma concepción grata y amable. La paz y la serenidad de su espíritu propiciaban el contento que es patrimonio sólo de las tranquilas conciencias. Una de sus primas, María de San José, consigna que la Madre no convenía con las personas tristes, y así dice en una de sus cartas que “no dejen de estar alegres”. Cuéntase que al ser pintado su retrato, por cierto el único que de ella se conserva, dijo así a Fray Juan de la Miseria: “Dios te lo perdone, Fray Juan, que ya que me pintaste, me has pintado fea y legañosa”. También se le atribuyen estas palabras: “Tres cosas han dicho de mí en todo el discurso de mi vida: que era, cuando moza, de buen parecer, que era discreta, y ahora dicen algunos que soy Santa. Las dos primeras en algún tiempo las creí, y me he confesado por haber dado crédito a esta vanidad; pero en la tercera, nunca me he engañado tanto que haya jamás venido a creerla”.

Cómo era la Santa? Sus contemporáneos coinciden en la ponderación de su belleza, su bondad y su inteligencia. Era hábil en labores de aguja y bordado, y entre sus trabajos manuales se mencionan bellísimas y delicadas labores que representaban escenas históricas. También fue experta en las artes de la cocina, y eran regaladísimos y gratos los sazonados manjares que de sus manos salían. Cuentan sus biógrafos que encantaba por su conversación, y que en los largos viajes que emprendía solía montar en mula, en la que se sentía tener tan bien como si fuera en coche. Fue pasmosa la actividad de Santa Teresa de Jesús, y se manifestó en los hechos y en los libros que el mundo admira cada día más, sin reservas ni discrepancias.

Escribió la insigne Fundadora su “Vida”, que es una autobiografía escrita por orden de sus confesores y en la cual abundan las bellezas del lenguaje y los relatos fascinantes; El “Camino de Perfección”, libro de atractivo supremo que ofrece remedios definitivos y ciertos para la paz del alma y la futura bienandanza; los “Conceptos del amor de Dios”, feliz interpretación de algunos pasajes del Cantar de los Cantares que sorprende por su profundidad teológica; el “Libro de las fundaciones”, donde la Doctora hace el relato fiel de su obra santa y magnífica; el “Castillo interior o las Moradas”, obra soberbia que expresa el lento y proceloso tránsito de las almas hasta llegar a la fusión divina con el Eterno; el “Epistolario”, bellísima ostentación de una prosa diáfana y fácil, modelo universal de estilo que entusiasma por su sencilla perfección insuperable; las Poesías, escritas sin pretensión y para solaz de sus monjas, pero en las cuales raya su inspiración al nivel de los más altos poetas del universo; sus Pensamientos y Sentencias, condensación de filosofía que seduce por la profundidad y la sabiduría de los conceptos, y otras obras maestras, en fin, que la humanidad encuentra maravillosas por la naturalidad, por el ingenio, por la gracia, por la viveza y por su encanto inefable.

No son mis palabras, empero, las llamadas a encarecer y ponderar el mérito excelso de la escritora altísima. Quiero, por eso, recoger

aquí un manojo de conceptos distintos, y entresacados de autores de todos los tiempos, de todas las procedencias y de todas las ideas. Dice Fray Luis de León, por ejemplo: "En la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ella se iguale". El poeta inglés Crasshaw escribe: "Esto no es idioma español, sino celeste". Otro inglés, el crítico Friz Maurice Kelly, asevera: "Es un verdadero milagro de genio, que, como escritora, se coloca junto a los maestros más perfectos". Julio Cejador afirma que Santa Teresa es una de las más grandes almas que conoce la historia y agrega: "Ella y San Juan de la Cruz fueron los más místicos castellanos y los mayores místicos del catolicismo". Menéndez y Pelayo dice: "Su regalado y candoroso estilo, el más personal que hubo en el mundo". Don Angel Salcedo Ruiz manifiesta: "Hasta el estilo de Cervantes puede ser imitado con más o menos fortuna; el de Santa Teresa de ninguna manera. Todo lo suyo lleva un sello inconfundible. Muchas monjas, formadas en su escuela, escribieron de los mismos asuntos que ella, pero... ninguna es Santa Teresa". Menéndez Pidal, en su Antología de prosistas españoles inserta el siguiente comentario: "Por todas partes se ve el desaliño y la frescura de la palabra hablada, y hablada al descuido. No abundan en los grandes autores la multitud de voces que caracterizan el habla de Santa Teresa. Con este lenguaje y con este estilo, esa prosa encanta por su llaneza, por la ausencia total de propósitos literarios. Su pluma obedecía solamente a la alta inspiración que la guiaba al redactar su pensamiento". Azorín escribe: "El castellano de Santa Teresa es sencillo, espontáneo y gracioso. Acá y allá encontramos en sus cartas modismos y particularidades del decir llenos de color y de sustancia popular". El escritor rioplatense Juan P. Ramos aduce: "Santa Teresa de Avila es una cumbre y un abismo. Su mística esplende en la literatura de todos los tiempos con caracteres de eternidad. La Madre Teresa se pasó la vida diciendo no saber escribir, y escribiendo como una gran artista. Una vez inicia un capítulo exclamando: Válgame Dios en lo que me he metido!, pero sale de la dificultad nada menos que con el trozo más arduo y magnífico de las cuartas Moradas". Don Marco Fidel Suárez habla así por boca de Justino en *El Sueño de los Gitanos*: "...asombra por su grandeza el ánimo de la heroína, y por el modo como se asociaban en la Santa el vuelo celestial, ponderado por Bossuet, los talentos y el valor para los negocios más rduos, y la paciencia para sobrellevar dolores". La condesa Doña Emilia Pardo Bazán exclamaba: "Con Santa Teresa no se puede luchar". Don Juan Valera manifestaba en ocasión solemne: "Toda mujer que en las naciones de Europa, desde que son cultas y cristianas, ha escrito, cede la palma y aun queda inmensamente por bajo, comparada con Santa Teresa". Don Antonio Gómez Restrepo, el último gran crítico y polígrafo colombiano, escribía: "Nadie ha hablado con más precisión y firmeza que ella de los éxtasis y demás estados maravillosos por que pasa el alma del místico; nadie, entre los ascéticos, la ha aventajado tampoco en sentido de la realidad ni en conocimiento del mundo y de la vida". Y Luis Eduardo Nieto Caballero, por cierto escritor poco afecto a la Iglesia no obstante sus manifestaciones de imparcialidad aparente, reconoce lo que sigue: "Santa Teresa es la

mujer más cercana a la divinidad que hayan contemplado los ojos de los hombres". Ante este florilegio de conceptos arrancados de todos los climas espirituales y de todos los horizontes, apenas es natural el juicio de Renán cuando declara que Santa Teresa merece lugar entre pensadores y filósofos tan audaces como Bacon y Descartes.

Cuarenta años después de su muerte fue canonizada Santa Teresa de Jesús y en tal día se alegraron los cielos y la tierra. Como un pregón de la espiritualidad de los destinos humanos, vidas así nos dejan ver un cálido vislumbre de la felicidad perdurable, constituyen el anuncio fidedigno de supremos goces y elaciones que enaltecen al hombre sobre las miserias de la carne. Ateridos, tristes y humillados, en nuestra condición precaria de seres insanos e insignificantes, nos redime y nos llena de fe el pensamiento de haber convivido aquí en este mundo y dentro de parecida encarnación a la de nuestros cuerpos, una individualidad tan gloriosa y pura como esta de Teresa de Jesús, Santa y Doctora de la Iglesia.

Pero casi que, al terminar estos descosidos apuntes, incurro en olvido imperdonable. Subyugado ante lo celestial y divino de aquella vida sin ejemplo, había dejado en penumbra involuntaria los nexos que la Santa y sus familiares tuvieron con la conquista de América. Cinco hermanos de Teresa lucharon contra Gonzalo Pizarro en el Perú, y los cinco, antes de entrar en batalla, hicieron renuncia de sus bienes en favor de otra hermana residente en España. Desde muy niña, la Doctora tuvo también la emoción de estas tierras remotas y exóticas. "A los cuatro años —escribe— acertó a venirme a ver un fraile franciscano llamado Fray Alonso Maldonado, harto siervo de Dios, y con los mismos deseos de bien de las almas que yo, y podíalos poner por obra, que le tuve yo harta envidia. Este venía de las Indias, poco había; comenzome a contar de los muchos millares de almas que allí se perdían por falta de doctrina, y hízonos un sermón y plática, animando a la penitencia, y fuese. Yo quedé tan lastimada de la pérdida de tantas almas, que no cabía en mí; fuime a una ermita con hartas lágrimas, y clamaba a Nuestro Señor, suplicándole diese medio como yo pudiese algo, para ganar algún alma para su servicio, pues tantas llevaba el demonio, y que pudiese mi oración algo...".

Desgraciada fue la suerte de varios de los Cepeda y Ahumada en América. Antonio murió peleando en el Perú; Rodrigo, el compañero de infantiles aventuras de la Santa murió ahogado en el Plata; Lorenzo y Jerónimo estuvieron en Popayán con Belalcázar; Pedro padeció graves descalabros en la Florida y Puerto Rico, contrajo matrimonio en Pasto y murió en Avila su patria; y Hernando, finalmente, pisó territorio antioqueño, según refiere Juan de Castellanos, pero acosado por los indígenas abandonó esta provincia, guerreo en otros lugares del Nuevo Reino y regresó después a la Península. Nuevos motivos de afición tenemos, pues, los americanos, los colombianos y los antioqueños hacia la Fundadora egregia. Fue singular la simpatía suya y de los suyos, manifestada en las ocasiones ya dichas, por todas las cosas de Indias.

EN HONOR DE SANTA TERESA DE JESUS

Por Antonio Gómez Restrepo

Recuerdo que cuando era niño, veía yo en casa de mis abuelos un cuadro de poco mérito artístico, pero muy devoto, que representaba a una mujer revestida con el hábito de la orden carmelita, y en un ángulo del lienzo lucía la borla y el bonete doctoral. Una inscripción puesta al pie indicaba que aquella figura representaba a la santa doctora Teresa de Jesús. Asombrábame, en mi insipiente, de que una mujer, entregada a prácticas piadosas, hubiera podido merecer el título que en la Iglesia católica sólo ostentan unos pocos gigantes de la ciencia y de la santidad, y con este motivo se grabó en mi mente infantil, de manera indeleble, la imagen de la mística doctora de **Las Moradas**.

Años después, y siendo ya hombre, recorría, con pasmo reverente, la colosal basílica de San Pedro en Roma; y en el coro de los grandes fundadores cuyas efigies marmóreas adornan el recinto, como rindiendo pleito homenaje al Apóstol que allí reina y reinará, por medio de sus sucesores, en el mundo entero, hasta la consumación de los siglos, vi la figura de aquella misma mujer, que se levantaba majestuosa, con la augusta serenidad del triunfo. Y en otro templo de la Ciudad Eterna, en la iglesia de la Victoria, contemplé con admiración el célebre grupo de Bernini, donde la santa, herida por un querubín con inflamada saeta, desmaya en éxtasis de amor divino, y parece que el frágil vaso material va a romperse y a dejar escapar el espíritu, como nube de aroma que se derrama en el ambiente y asciende a lo infinito.

Y al propio tiempo que admiraba estos testimonios de glorificación, hallaba en los libros el homenaje rendido a la santa por grandes espíritus; desde su contemporáneo Fray Luis de León, el cual declaraba que en su opinión “hablaba el Espíritu Santo en ella y le regía la pluma y la mano” y “que su lenguaje es la misma elegancia”; desde Bossuet, quien, al comenzar el panegírico de la santa, proclama que “siendo criatura compuesta de materia, se dedicó tanto a Dios como esas puras inteligencias que brillan siempre delante de El por la luz de una caridad eterna y cantan perpetuamente sus alabanzas”: hasta contemporáneos nuestros, como el inglés Fritz Maurice Kelly, que la considera “milagro de genio”; “la mujer quizá más grande de cuantas han manejado la pluma”; y como el sutil novelista francés Huysmans, para quien es “geógrafo de las regiones desconocidas del alma”, y al mismo tiempo “el Colbert femenino de los claustros”. Y no puede olvidarse que el libro quizá más importantes que en los últimos tiempos se le ha dedicado, salió de la pluma de una sabia escritora inglesa, Gabriela Cunningham Graham, desligada de todo credo religioso, pero tan amante del genio y de la virtud de la santa, que siguió sus huellas por toda España a modo de peregrina, y contó su vida con tanta admiración como respeto.

¿Cómo puede explicarse prestigio tan duradero y esa simpatía, perpetua al través de los siglos, entre gentes de otra raza y de dis-

tintas creencias por una santa española, del tiempo de la Inquisición? Es que toda gran personalidad infunde admiración o cuando menos impone acatamiento, y pocas veces un alma más excepcional se ha revelado toda entera en una obra literaria de primer orden. En esa época en que los españoles regresaban a la Península cargados con los despojos de sus lejanos descubrimientos y se aventuraban por las desconocidas regiones del mar tenebroso, Santa Teresa exploraba mundos más misteriosos, donde brisas celestes levantan el espíritu y lo conducen hasta el santuario de la Verdad Suprema. De allí volvía con el cuerpo descoyuntado, pero con la faz llena de resplandor; y apenas recobrada del éxtasis beatífico, quería hacer partícipes a sus religiosas de las conquistas realizadas en el reino de Dios, y tomaba la pluma, temblorosa todavía por el brusco y doloroso descenso del cielo a la tierra, pero diestra siempre y hábil para expresar el habla del Esposo divino y para describir escenas de la gloria en estilo tan gráfico e imaginativo como el empleado por los novelistas de entonces para narrar las andanzas de la vida picaresca.

¡Poesía y Verdad! Esta fórmula, debida al genio reflexivo de Goethe, es la misma que vemos realizada en los escritos de Santa Teresa: poesía del cielo y verdad humana; reflejos de la gloria y oscuridades de la vida penitente; visiones beatíficas y sutil y paciente análisis psicológico. Nos sorprende en su libro la mezcla de lo más sencillo de la existencia diaria y de lo más elevado de la teología mística; la ráfaga de luz que de súbito ilumina los más humildes menesteres del convento. Y surge espontánea la comparación entre el arte instintivo de Santa Teresa y el reflexivo y espléndido de los magnos pintores españoles. Murillo era un artista digno de la santa; y el célebre lienzo llamado **La cocina de los ángeles** podría servir de ilustración a escenas de la **Vida** o del libro de las **Fundaciones**; uno y otro logran hacer real lo ideal con arte tan exquisito, que no nos sorprende ver a los ángeles ostentando en sus manos, como adorno no indigno, los humildes búcaros de la mesa del convento. Y cuando Santa Teresa traza el retrato de San Pedro de Alcántara, y nos hace ver al santo penitente con tan extrema flaqueza, “que no parecía sino hecho de raíces de árboles”, recordamos en el acto esas ascéticas figuras que pintó Zurbarán, pálidas y demarcadas por el ayuno, pero radiantes de fuego interior, que hace brillar los ojos entre sus hondas cuencas, como lámparas pendientes en los arcos de una nave envuelta en la sombra de la noche.

El tránsito fácil y constante, de lo sublime a lo familiar; ese flujo y reflujo entre el cielo y la tierra, constituyen uno de los rasgos más característicos de las obras de Santa Teresa. Leyéndolas, vamos a veces por camino trillado y llano y nos distrae el giro sinuoso de la crónica; de pronto nos sorprende un lampo de luz; es que la mística medita sobre las verdades supremas, y ha hallado forma concreta para expresar altos conceptos. Y así dice: “Estando una vez en oración, se me representó muy en breve, cómo se ven en Dios todas las cosas y cómo las tiene todas en sí. Digamos ser la Divinidad como un muy claro diamante, muy mayor que todo el mundo, y que todo lo que hacemos se ve en ese diamante, siendo de manera que él encierra todo en sí, porque no hay nada que salga afuera de esta grandeza”. De estas

alturas ontológicas descendiendo fácilmente la santa a la reprensión y al consejo práctico, como cuando quiere reprimir en sus monjas el celo indiscreto en materia de rigores, y se burla de las que “no guardan algunas cosas muy vagas de la Regla, como el silencio, que no nos ha de hacer mal, y dejamos de ir al coro, que tampoco nos mata, un día porque nos dolió la cabeza, y otro porque nos ha dolido y otros tres porque no nos duele; y queremos inventar penitencias!”. Vuelve el movimiento ascensional; y entramos en la región celeste cuando la santa nos dice: “Veía un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla. . . Veíale en las manos un dardo de oro de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces y que me llegaba a las entrañas: al sacarlo me parecía las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar quejidos y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay que desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios”. Pero no creáis que ese corazón transverberado va a sentir el orgullo del endiosamiento: ella misma se encarga de explicar con humildad estos favores celestes. “Para mujeres como yo —dice—, flaca y con poca fortaleza, me parece a mí conveniente (como ahora lo hace Dios) llevarme con regalos, porque pueda sufrir algunos trabajos que ha querido su Majestad tenga; no así para siervos de Dios, hombres de tomo, de letras y de entendimiento”. Ella, maestra de la vida interior, pone en guardia a las religiosas contra los peligros que trae el enflaquecimiento de ánimo producido por ayunos y viglias. “Son flacas de complexión —escribe— en teniendo algún regalo, sujétales el natural y como sienten contento alguno interior y caimiento en lo exterior, déjense embebercer; y mientras más se dejan se embebecen más, porque se enflaquece más el natural y el suceso les parece arrobamiento y llámolo yo abobamiento, que no es otra cosa de estar perdiendo tiempo y gastando su salud”. Y en otro lugar formula la siguiente sentencia, en que se encierra una excelente regla de higiene devota, que practicada por los fieles aliviaría mucho el trabajo de los directores de almas y ministros del altar: “En todo, es menester discreción. De la devoción a bobas, líbrenos Dios”.

Hoy, cuando el feminismo es cuestión candente y en ciertos países europeos ha llegado a tomar el carácter de problema de orden público; hoy, cuando hay mujeres, en pueblos de altísima civilización, que, a cambio de obtener aparatosa representación política, se esfuerzan por borrar de sus almas y hasta de sus cuerpos el sello indestructible de la feminidad, que es todo delicadeza, distinción y dulzura, conviene recordar cómo en una edad que esas mismas personas juzgan bárbara, hubo una mujer, y lo que es más, una monja, que sin salirse de su esfera, sin pretender competir con los hombres, sin creerse dotada de talento literario, llevó a cabo una grande obra de transformación religiosa y moral, ejerció influjo benéfico sobre algunos de los más insignes personajes de su época, cautivó con su estilo y con su pensamiento la mente soberana de Luis de León; fue consejera del seráfico San Juan de la Cruz; correspondió familiarmente con Felipe II, y dejó libros, que se reproducen todavía y se trasladan a idiomas extraños; y es tema para obras fundamentales en países de filosofía positiva y de cultura emi-

nentamente práctica. Si Santa Teresa hubiera obtenido un sitio en las Cortes de Castilla, como desean tenerlo ahora los sufragistas en el Parlamento británico, no habría ejercido una mínima parte de la influencia que tuvo en vida y que aún conserva; no habría sido colocada en los altares ni estaríamos hoy celebrando su glorioso centenario.

No son los escritos de Santa Teresa lectura fácil para toda clase de personas; ni puede emprenderse el estudio de la **Vida** o de **Las Moradas** sin cierta preparación religiosa y literaria, que facilite y haga fructuoso el trabajo. Manjar es este demasiado fuerte y sustancial para paladares habituados a la insípida dulzura de ciertos libros que sirven de pasto a la devoción elegante de nuestros días. Esa mujer, hábil en expresar conceptos del amor divino, no se complace en halagar a las almas con lánguidos idilios, ni en adormecerlas con el filtro de una fácil piedad. Su vida fue un combate; y la relación de las crueles pruebas a que se vio sometida nos llena de admiración, pero también nos demuestra que no se llega a las alturas hasta donde ella alcanzó, por caminos de rosas, sino por áspero sendero de espinas. Su existencia sobrenatural se desarrolla en región inaccesible al común de los mortales; y si pretendemos penetrar tímidamente en ella, sentimos el vértigo que produce el asomarse a abismos profundos. El estilo de la santa, el más espontáneo y personal de toda la edad de oro, es, por su misma ingenuidad y llaneza, por su falta absoluta de artificio literario, por su carácter popular, por las genialidades en que abunda, más difícil de gustar debidamente que el de otros escritores de su tiempo, atentos a realizar en sus libros la belleza clásica. Podríamos considerarnos muy aventajados en cultura religiosa y en el conocimiento del idioma castellano, si las obras de Santa Teresa fueran hoy lectura popular, como en el siglo XVII; pero en aquella edad, en que los **Autos Sacramentales** se representaban en la plaza pública y la muchedumbre entendía su profunda significación teológica, era natural que las mujeres de Castilla, mientras hilaban en la rueca, se deleitasen oyendo leer la exposición que hace la santa de los grados de oración, y se encantaran al escuchar tan sublimes conceptos expresados en el mismo lenguaje familiar que ellas usaban para contar sus crónicas de aldea. Lenguaje, por cierto, muy distinto del pobre y envilecido que hoy se emplea, y que ha sustituido los antiguos donaires por expresiones mendigadas a extraños idiomas y pretende reemplazar la pérdida que ha hecho en términos tan expresivos de una rica vida espiritual con el vocabulario, útil sí, pero bárbaro, de los negocios, del deporte y de la moda.

Pero quien se acerca a Santa Teresa con la debida preparación, halla en ella un fenómeno talvez único en la historia literaria. Sus obras no pueden juzgarse como otras grandes producciones ascéticas, como **La guía de pecadores** o **La conquista del reino de Dios**, que tienen un carácter eminentemente objetivo y se aprecian en todo su valor, aun haciendo abstracción de la personalidad de sus autores. En Santa Teresa no es posible separar la vida de los escritos, y éstos son tanto más extraordinarios, cuanto más fielmente expresan la fisonomía de la autora. En sus obras se encuentra todo un mundo espiritual, que ella anima y vivifica con las emanaciones de su alma; en que ella se mueve y reina como señora; y donde el profano no puede penetrar, teniendo

que limitarse a poner el oído a las admirables revelaciones que nos hace de cosas que apenas hallan manera de expresarse en el idioma de los hombres. Expone un sistema místico completo, fruto de su personal experiencia. Siendo el más subjetivo de los clásicos españoles, como que todas sus exploraciones místicas tienden a llegar al centro del alma, donde, según ella, está Dios, son sus obras dechado de buen sentido, ejemplares de talento práctico, y rebosan de un espíritu de caridad que las coloca en el polo opuesto a la literatura egoísta y solitaria de alcance social infecundo, cuando no pernicioso, que produjo el individualismo romántico. Cada frase de Santa Teresa es reveladora de su psicología y lleva el sello de su carácter a un tiempo ingenuo y práctico, grave y festivo. En ella se unieron en estrecho abrazo Marta y María.

Todo grande escritor tiene una retórica no aprendida en las escuelas, sino derivada de su complejión intelectual; tiene un arte literario, que influye en la concepción de las obras, y en su traza y disposición. Santa Teresa es un caso, talvez único en nuestra literatura, tan inclinada a la pompa y al artificio, de un autor clásico cuyo arte consiste en la falta absoluta de toda presunción literaria. ¿Quién, por sincero que sea, no ha rendido el tributo de una frase siquiera en aras de la retórica? Pues Santa Teresa sacrifica la retórica toda entera en aras de la sinceridad. En vez de los elegantes adornos de la prosa erudita de entonces, emplea palabras y comparaciones de carácter eminentemente popular; y sin buscar efectos, los obtiene y muy grandes, cuando su viva imaginación le permite dar representación sensible a misterios inefables. Al leer sus libros, experimentamos la impresión de que oímos la voz de la santa maestra, pues ella escribe como habla; y podemos forjarnos la ilusión de que asistimos a una conversación íntima, en una vieja ciudad de Castilla, a la hora en que la santa reúne a sus monjas para precaverlas contra las ilusiones del demonio y para enseñarles las reglas de la vida interior. De aquí la riqueza y la libertad de su sintaxis, que está pidiendo un estudio como el que el sabio Cejador consagró a la lengua de Cervantes; de aquí descuidos y negligencias que son testimonio auténtico del carácter espontáneo de su literatura, pues quien habla no excusa las repeticiones, paréntesis y digresiones que revelan la nativa viveza del pensamiento, mariposa que vaga de flor en flor, abiertas las alas al sol de la verdad.

Nació Santa Teresa en el siglo más grande de la historia de España, cuando culminaron todas las energías de la raza y en todos los campos de la actividad humana hubo admirable cosecha de genios; y coexistieron el brillo de las armas y de los descubrimientos y el esplendor de las letras y las artes. Brisas del Renacimiento italiano oreaban los austeros campos de Castilla. Resonaron, con música nunca antes oída, las liras de Garcilaso, Herrera y León; y la elocuencia de Cicerón halló quien sorprendiera los secretos de su rotundidad y elegancia. Y el castellano, libre de la herrumbre medioeval y de las ligaduras de la pedantesca imitación latinista, se dilató como río que rompe sus riberas con la pompa, riqueza y majestad que corresponden a una lengua destinada a ser uno de los grandes órganos de expresión del pensamiento humano, y a dar la vuelta a la redondez del mundo, llevando a Amé-

rica, Asia, Africa y Oceanía el saludo triunfal de una de las más activas, enérgicas y nobles razas que han pisado el planeta.

En esa edad hubo dos personajes que supieron conservar lo más puro y vigoroso de la Edad Media para templar lo que hubo de excesivo en el Renacimiento italiano: son San Ignacio de Loyola y Santa Teresa de Jesús. Hay entre estos dos seres extraordinarios no pocas analogías. Contemplativos como los antiguos monjes, sabían combinar los éxtasis divinos y las elaciones supremas con el conocimiento práctico del mundo y de las necesidades de su época, y sacaban de sus raptos y comunicaciones con Dios, fuerzas para luchar con los hombres. Nacidos para mandar, fueron organizadores de primer orden. Se formaron en el ambiente de la literatura caballeresca; y estas primeras impresiones no se borraron nunca de su memoria. El orgulloso capitán que, herido en el castillo de Pamplona, solicita, para distraer sus ocios y aliviar sus dolores, un libro de caballerías, es el mismo que consagrado ya a la conquista del reino celestial, pasa una noche entera, como auténtico caballero andante, en la tradicional velada de las armas, en presencia de la efigie de la Virgen de Monserrat. Y la mujer genial que en su infancia se apacentaba con la lectura de novelas caballerescas, y arrastrada por el atractivo de las lejanas aventuras se escapaba de la casa paterna, en compañía de su hermano, para ir en busca del martirio, en tierras de moros, es la misma que en su edad madura se sienta a trazar para sus monjas las reglas de la vida interior y escoge como símbolo de su mística exposición, no el huerto florido del Cantar de los Cantares, sino el castillo roquero, a cuyo centro no se llega sino después de ganar a viva fuerza cada una de sus interiores moradas. Ambos, en su peculiar esfera de acción, organizaron la resistencia contra el paganismo renaciente y contra la reforma protestante, y colaboraron en la grande obra de restituir a la vida religiosa su prístina pureza. El capitán de Loyola dejó en el tratado de los **Ejercicios** el ejemplar más alto de dirección ascética; y la monja de Avila, en el libro de su **Vida**, señaló el límite más encumbrado adonde puede llegar el alma en su vuelo ascendente hacia la unión con Dios: libro admirable, pero que no pertenece al Renacimiento.

Y ese espíritu aguerrido, que sirvió a Santa Teresa para hacer frente a bajas y diabólicas intrigas, y para no temer a la denuncia que del libro de su **Vida** se hizo a la Inquisición; esa energía que le permitió vencer su flaqueza corporal y las tenaces dolencias que no lo abandonaron un solo día; y le dio alientos para hacer largos viajes por los ásperos caminos de entonces y para llevar a cabo diez y siete fundaciones, no le quitaron nada de la delicadeza femenina ni esa caridad que se derramaba sobre todas las criaturas. Santa Teresa se nos presenta en toda ocasión como una verdadera madre, cuya compasión se extiende hasta las almas contaminadas por la herejía. En aquella época de pasiones desencadenadas, en que las luchas religiosas llegaron a su mayor grado de intensidad, Santa Teresa no pide castigo para los extraviados, sino que ofrece a Dios sus propias penitencias y las de sus religiosas, en expiación de las ajenas culpas. "Grandísima pena —decía ella—, me da las muchas almas que se condenan de estos luteranos en especial, porque eran ya por el bautismo hijos de la Iglesia... Me parece cierto a

mí que por librar una sola de tan grandísimos tormentos, pasaría yo muchas muertes de muy buena gana". El libre pensador Paul Rousset, refiriéndose especialmente a nuestra santa, declara que el misticismo español tuvo lo que más faltó en el siglo XVI, es decir, la compasión. ¡Ah! ¿qué hubiera sido de Europa si en esa edad de esplendor artístico y de espantosa crueldad, en que la fiera humana, adestrada por Maquiavelo, asombró al mundo bajo la forma seductora de César Borgia, no hubiera brotado de lo más íntimo y escondido del corazón de la Iglesia, una fuente de caridad y amor, capaz de ablandar las almas endurecidas por el odio y de despertar el sentimiento de la hermandad humana? Pero cada vez que la civilización se ha visto envuelta en una de esas inmensas crisis de destrucción, ha caído sobre el mar enrojecido una gota más, desprendida de lo alto del Calvario, y a su influjo divino, las oleadas de sangre enemigas se han dado el beso fraterno, y un soplo de amor ha estremecido al mundo y el iris de esperanza ha vuelto a consolar al hombre, como en los lejanos días en que el patriarca, muchas veces secular, abrió las puertas del Arca, bullentes aún las aguas del diluvio.